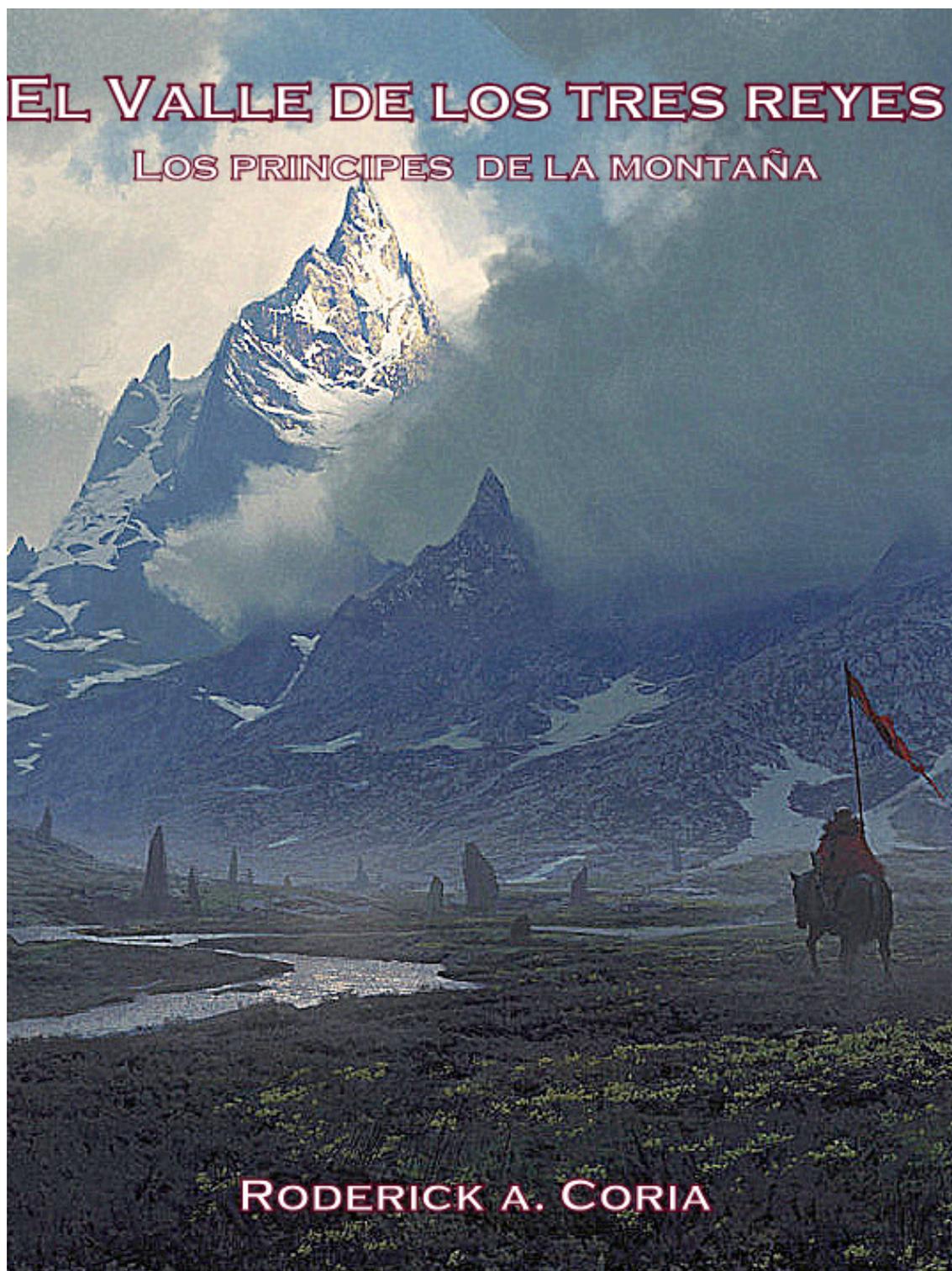


La Tierra Conocida "El valle de los tres reyes"

Rodrigo Andrés Coria



Capítulo 1

Prólogo

Nadie se atrevía a cruzar las ruinas del antiguo imperio de Shior. Las historias oscuras que se narran de aquel lugar mantienen alejado a los aventureros que se acercan demasiado. Pues se dice que allí mora la muerte y todo aquel que la viese, tan solo como una simple silueta en el horizonte, se lleva consigo la maldición de perecer.

Para Basili eran leyendas olvidadas y no le costó convencer a su gente de lo mismo. Para ellos, el mayor peligro lo tuvieron al salir del valle sin los permisos reales. Porque sabían de primera mano que viajar sin la aprobación del rey se pagaba con la muerte.

El viaje a occidente era largo y peligroso, y no era para personas faltas de juicio. Había más posibilidades de enloquecer al no ver civilización, que conseguir atravesar las extremas temperaturas de los picos helados de la cordillera y salir vivo para contarlo. Ellos ya tenían la experiencia suficiente para lograr semejante hazaña; si traficar fuera visto como una proeza, serían héroes en su reino, aunque los más vulnerables, así los consideraban.

Descendieron por el Oeste de la cordillera, donde la vegetación sucumbía lentamente frente a los terrenos áridos del desierto que se perdían a la vista de cualquier ojo humano. Tomaron las viejas rutas construidas por el imperio caído y siguieron adentrándose aún más en las tierras olvidadas. El camino se distinguía un poco menos que viajes anteriores, las losas de la calzada, por momentos desaparecían en la arena y reaparecían más adelante, pero seguía visible para guiarlos una vez más. Basili nunca dejaba de estremecerse al ver los monumentos destruidos y erosionados que adornaban la ruta, ver aquello era desolador y le recordaba, no solo lo cambiante que puede ser el mundo, también lo duro que puede ser el tiempo.

El grupo de Basili ya conocía la selva occidental, era el cuarto viaje que realizaban y no sería el último, porque las ganancias obtenidas en cada expedición le otorgaban a cada integrante la posibilidad de alimentar a su familia durante dos años. El precio era justo si lo medían con el riesgo que debían correr, no solo al salir de Aladuin, también al negociar con las civilizaciones que los proveían de recursos.

Los primeros encuentros fueron tensos y costó lograr entendimiento mutuo, pero Basili era un hombre astuto y dotado de muchos idiomas, además contaba con un producto precioso para seducir a cualquier conquistador o rey. Tenía carros llenos de ese material, listos para intercambiarlos por especias que los habitantes de su reino desconocían y

desembolsaban cantidades de oro para comprárselo.

Pero el tiempo para Basili era tan valioso como el oro mismo y llevaba el conteo de cada luna para regresar a casa el mes pactado con su familia y sus principales compradores. Nunca llegó fuera de plazo, era su principal regla para ser un buen comerciante, pero las intensas lluvias de la zona los obligaron a detener la marcha en reiteradas ocasiones y debían estar en casa para principios de invierno, y si no cortaban camino por las montañas escarpadas sería la primera vez que faltaría a su palabra y no tenía intenciones de hacerlo. No tuvieron otra opción que tomar el atajo prohibido.

Era un camino rápido, pero muy peligroso. Las rutas eran angostas y el temor de caer se duplicaba al arrastrar los carros pesados. Un paso fuera de lugar y la caída sería larga antes de que el cuerpo se reventara contra las rocas.

— ¿Estás seguro que quieres hacerlo? —Pregunto Geor, el primer y único hombre que lo acompañó en cada viaje.

—Estoy seguro de que lo lograremos —respondió Basili con firmeza. No era un hombre inseguro y cuando tomaba una decisión, su optimismo se acrecentaba.

El grupo se dividió en dos. Mientras los primeros ayudaban a los yak a tirar los carros, los demás intentaban sostenerlos desde atrás. A los pocos metros del suelo ya pudieron sentir el golpe del viento y cuando llegaron a la mitad de la cordillera el frío los golpeó tan duro que dudaron en continuar la marcha, pero Basili no se detuvo, se puso al frente y los llenó de valor para llegar hasta La Quebrada, la parte de la montaña donde comenzaba el descenso.

—Ya cruzamos la peor parte —dijo Basili luego de encender el fuego—. Comamos algo antes de continuar.

—Aún hay energías para seguir, señor —Opinó Ramir provocando la risa de Basili y Geor, su padre.

— ¡No seas tonto, Ramir! —Le gruñó su padre—. Una vez que comencemos el descenso ya no podremos parar.

—No seas malo con el muchacho, Geor—se rio Basili—. Es su primer viaje.

El grupo se acomodó rápidamente alrededor de la llama. Calentaron las sobras del último jabalí y tomaron lo poco de cerveza que les quedaba. Basili los notó cansados y afligidos por el largo tiempo fuera de casa, el viaje no era para cualquiera, sin embargo, lograron soportarlo como

héroes. “Ya falta poco”, se repetía Basili y miró los carros rebosantes de mercadería. Hicieron una buena inversión, suficiente para vivir tres años, quizá cuatro. Ahora solo quería llegar, besar a su esposa y hacerle el amor como la primera vez, quería abrazar a cada una de sus niñas y conocer su nuevo hijo, con la esperanza de que por fin sea varón. Dejó escapar un largo suspiro añorando aquel día y con aquella imagen cerró los ojos.

El grupo dormía acurrucado con los animales lanudos que eran los que se mantenían calientes. Había calma y calidez dentro de la cueva. De pronto, Basili despertó sobresaltado y se puso de pie rápidamente. Tenía fragmentos de un sueño espantoso que no lograba recordar, pero aún lograba sentir encarnado el sentimiento de temor que le provocó. Se acercó al risco de la montaña y observó el paisaje, mientras se dejaba pegar por el viento frío para poder olvidarse de aquella sensación agria.

— ¿Sucede algo, señor?— preguntó Ramir que se preocupó al verlo salir tan rápido.

— ¿Qué haces levantado? Todos necesitamos descansar —dijo Basili sin apartar la vista del horizonte. Notó cierta calma, un extraño sonido llegaba a sus oídos.

—Creí que podías necesitarme —dijo el joven arqueándose de hombros—. ¿Quiere que le traiga algo, comida, pan...?

Basili no contestó. Solo miró el desierto que se extendía como un océano amarillo bajo sus pies. Seguía oyendo el extraño sonido chocar contra la montaña. No estaba seguro de que era, hasta que vio una pared de polvo elevarse detrás de las dunas del desierto.

—Se aproxima una tormenta de arena—Advirtió Ramir viendo lo mismo que Basili.

—No lo sé... —en sus años como viajero nunca vio una tormenta comportarse de esa manera—. Ven conmigo.

Basili y el joven dejaron la cueva y subieron los empinados senderos adyacentes mientras el resto dormía. Llegaron a una depresión abrupta donde consiguieron una mejor vista y vieron lo que provocaba la nube de polvo.

— ¡Por lo héroes, señor!—Exclamó Ramir aterrorizado.

Un gran ejército se asomaba por la cresta de las dunas. Basili dejó escapar un grito, pero conservó la calma.

— ¿Quiénes son, señor?

Basili no respondió, aunque no sabía quiénes eran, podía especular donde se dirigían y deseaba estar equivocado. El ejército era enorme y no podía apartar la mirada, podía ver que arrastraban consigo jaulas enormes y máquinas de asedio. En ese momento Ramir volvió a gritar llamando su atención y le señaló algo que le hizo perder el aliento al instante.

Un grupo de hombres subía la montaña cerca de donde se encontraban. Basili se tiró al suelo llevándose a Ramir con él, pero solo bastó un instante para que sus ojos verdes se cruzaran con los del enemigo. Escuchó gritos en un idioma que no conocía, y cuando volvió a asomarse, vio que los hombres iban por ellos. Basili arrastró a Ramir montaña abajo y rodaron varios metros antes de aterrizar frente a la cueva.

— ¡Que carajos! ¿Se encuentran bien?— soltó Geor espantando por el terrible golpe que se dieron.

— ¡Despierta a los demás, debemos irnos! —Le ordenó Basili al tiempo que ayudaba al joven a ponerse de pie—. Ramir, ocúpate de esos y yo de estos.

El joven se dirigió a los animales sin dudarlo, mientras que Geor contemplaba la escena sin saber que sucedía. Basili sacó su cuchillo, ya había tomado una decisión, sus vidas eran más importantes que sus tesoros.

— ¿¡Que hacen, están locos!?!—Gritó Geor. El resto se despertó y se llevaron la misma sorpresa.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Basili y cortó las correas de los animales—. Deberás confiar en mí, nunca te fallé.

—No lo entiendo, Basili, la vida de nuestras familias depende de eso —insistió Geor.

— ¡Vienen por nosotros, padre! —Ramir lo sacudió para que entrara en razón.

— ¿Quiénes vienen por nosotros, Ramir, estás loco?, ¿te escuchas lo que dices?

—Agarren lo que puedan y salgamos de aquí ¡YA!

Para Basili el oro se ubica en el último escalón de importancia, por debajo del tiempo, pero la vida era más preciada que las otras dos y su familia

estaba de acuerdo con su pensamiento.

Capítulo 2

Capítulo 1

No era la primera vez que lograban burlarlo y tampoco sería la última. Las tierras de Simel eran extensas y las depresiones del terreno servían como escondite para los mercaderes que viajaban sin permisos del rey. Meredic no contaba con la suficiente experiencia para cazarlos a todos, pero no dejaría que su ciudad se convirtiera en el corredor de los contrabandistas.

La primera vez que su padre lo mandó a perseguir un grupo de traficantes de joyas, estuvo días tratando de cazarlos y siempre que los tenía cerca, se le esfumaban de las narices. En la primera semana, sus soldados le aconsejaron abandonar la búsqueda y esperar la siguiente oportunidad, pero Meredic se negó diciendo "Aún están aquí, ya lo verán", y siguió tratando de encontrarlos. En la segunda semana, los soldados estaban un poco cansados de abarcar todo el territorio sin conseguir nada, y le volvieron a aconsejar abortar la misión, y el chico se volvió a negar diciéndole "Siguen en Simel, aún no salieron, ya lo verán". En la tercera semana sucedió exactamente lo mismo, sus soldados ya estaban hartos de obedecerlo, comenzaban a dudar de su capacidad para dirigir. Se habían quedado sin comida y estaban cansados de patrullar. Algunos contrajeron fiebre y otros estaban a punto de desmayarse del hambre. Hasta que un día, tres de sus hombres aparecieron trayendo consigo a los contrabandistas. Meredic les sonrió y ordenó a encerrar a los fugitivos y a los tres soldados que lograron la gran hazaña de encontrarlos.

— ¿Por qué apresamos a los nuestros?— le preguntó su oficial en aquella ocasión.

—Porqué fueron ellos quienes los mantenían ocultos. ¿Por qué crees que siempre escapaban cuando estábamos cerca? No hay existe lealtad en un hombre corrompido —le contestó el muchacho.

Los tres hombres luego confesaron sus crímenes para no perder la cabeza. A partir de ese día, el muchacho se ganó el respeto de su ejército y de las personas de la ciudad. Y ahí estaba, montado otra vez, a lomos de su caballo, en la cima de una colina, soportando los primeros días del invierno, determinado a esperar la oportunidad perfecta para atrapar aquellos que viajaban sin permisos.

—Mi lord—lo llamó uno de sus hombres al acercarse. Llevaba puesta una armadura reluciente que parecía ser forjada por fuerzas superiores—. Unos canteros del acueducto dicen que vieron un pequeño grupo de personas moviéndose por el camino de Torín. Viajan con

carrromatosyllevan armas.

—Buscaránperdernos en el bosque—supuso el muchacho—. Debemos atraparlos antes de que crucen la frontera. Llévate a diez contigo y rodeen las colinas del camino. Los demás iremos cercándolos hacia ustedes. Estén preparados.

—Como ordene, mi lord —el soldado le dedicó una reverencia y se alejó en su corcel.

Las tierras de Torín son el lugar perfecto para los traficantes. Muchos de los que llegany muchos de los que se van, deben parar casi obligatoriamente en aquella ciudad del reino del bosque.Una curiosidad que a Meredic siempre le llamó la atención, aunque la explicación más sensata que encontraba estaba ligada a lo fácil que es ocultarse en el bosque Gring. En otras épocas nadie se atrevía a entrar, ni siquiera de día, ahora las historias no se respetaban, muchos extranjeros aún creen en ellas y buscan evitarla arbolada,pero la mayoría ya no lo hace. Meredic siempre se mantuvo al margen de las creencias de las otras culturas, como montaraz perteneciente al reino de la montaña, creía en los héroes y cada vez que partía con la espada a la cintura, les rogaba por valor, fuerzay comprensión.

Los soldados fueron avanzando de forma constante como les ordenó; cerrandolas rutas de escapeyguiando a la presa hasta la trampa. Para cuando Meredic llegó, los hombres de Simel ya habían reducido al pequeño contingente.

—¿Quién es el líder de esta expedición?—PreguntóMeredic al desmontar.Se tiró la capa al cuello y repasócada uno de los rostros. La mayoría de los viajeros eran hombres que rozaban la vejez y vestían ropas desgastadas y sucias. Su equipaje era escasoy no llevaban lo necesario para emprender un viaje largo. Sus armas estaban oxidadas y ninguno de ellos tenía el aspecto de saber luchar.

—A estas alturas del año el frio pega duro y debeserhorrible morir congelado, o peor aún, comido por bestias salvajes—insistió Meredic al ver que ninguno tomaba coraje para hablar—. ¿No son un grupo pequeño para viajar?

Al ver que seguía sin recibir respuestas,uno de sus soldados puso a un hombre de pie y lo acercó a su señor. El hombre tenía la piel arrugada y seca como si el sol lo hubiese quemado por años, su pelo ya era blanco y solo poseía un solo diente en su boca.

—Este es el guía, señor —dijo tirándolo hacia adelante.

El hombre de párpados caídos, debía alzar la vista para mirar a los ojos del muchacho. Meredico era tan alto, pero el hombre era demasiado pequeño, frágil y encorvado.

— ¿Cómo te llamas?—Le pregunto apenado. No se sentía orgulloso de apresar un grupo de viejos miserables.

—Darlow, señor —respondió el anciano.

— ¿Sabes quién soy, Darlow?

—El señor de la mancha—contestó el viejo.

Mericico poseía una gran marca de nacimiento de color marrón en su barbilla que le hizo ganar el título del "señor de la mancha" como burla.

—Muy bien, Darlow y ¿que iban a buscar a Dorios? —El viejo se inclinó avergonzado—. Darlow, sabes que por decreto real cada grupo de mercader tiene la obligación de abonar un impuesto para salir de este reino. No quiero ser duro con ustedes, tampoco puedo ser flexible, si tienen las veinticinco anillas y las cinco coronas podrán volver a sus casas. De lo contrario deberán venir conmigo y enfrentar las consecuencias.

Mericico tuvo que esperar respuestas para saber que no poseían monedas. Eran hombres humildes que arriesgaban su cuello para conseguir algo de alimento para sus familias. No era la primera vez que sentía pena de arrestar a alguien bueno que solo dio un paso equivocado, pero en esta ocasión aparte de pena, sintió rabia, y les deseaba buena fortuna para su castigo. Si los héroes eran buenos con ellos, los enviarían a trabajar al acueducto, pero si no tenían esa suerte, tendrían que pasar largos años viendo los muros mohosos de los calabozos. La ley era clara y si quería ganar honor para su familia, debía respetarla. Se llevó al pequeño grupo de regreso al castillo para encerrarlos a que esperen su sentencia.

Erguida y habitada en años anteriores por los Durdan, Simel se alza sobre las colinas del sur del valle. El castillo se ubica al norte de la ciudad, recostado en la alta muralla que la rodea, custodiado por dos grandes torres armadas de ballestas, aceite negro y miles de soldados.

La ciudad es esplendorosa, está dividida de forma simétrica y adelantada a su época, fue construida para un buen flujo de personas; amplias plazas, grandes fuentes, callejones comerciales y patios de justas. También goza de un desagüe para las aguas de lluvias que arrastran los desperdicios hasta el canal exclusivamente cavado para depositarlos en el río Shizin. Muchos la consideran la ciudad más hermosa del reino, incluso más que

bella que Aladuin.

Los Durdan fueron los maestros canteros de los primeros años, también construyeron Aladuin. Sus conocimientos en construcción fueron tan apreciados que pudieron erigir una ciudad en honor al maestro de la primera sangre, Simel Durdan. Ahora ya no queda ninguno heredero con vida y sus secretos de la perfección se desvanecieron en el tiempo. Se dice que aún hoy, el linaje de la segunda sangre posee los antiguos conocimientos, pero nadie conoce un Durdan con vida. Luego de la muerte del último, el poder de la ciudad pasó a los Harduan y después a los Resagar. De los canteros solo quedó su legado, el estandarte del martillo en la montaña y dos grandes ciudades.

Al llegar al patio de armas, Liskan fue el primero en recibirlo.

— ¡Hermano, hermano! ¿Cuántos has cazado hoy?— Preguntó eufórico contando los presos enjaulados.

Liskan tenía largos inviernos por recorrer, pero tenía los suficientes para entender a lo que se dedicaba su hermano mayor.

—No empieces con lo mismo—lo reprendió Meredicy tiró de la colita de cabello que colgaba en lo alto de su cabeza.

— ¡Me haces daño!—Se quejó el niño. Meredic se rio.

—Deja de llorar como niña y busca a papa.

— ¡Desgraciados, Malnacidos!—Les gritó el niño a los prisioneros mientras se alejaba corriendo entre los soldados.

Meredic revoleó los ojos al escucharlo. No compartía el mismo entusiasmo que su hermano. El hacía cumplir la ley, es cierto, pero siempre se dijo así mismo que existen dos clases de ladrones. El que roba por placer y el que roba por necesidad. En el caso de los segundos, trataba de ser más flexibles, sin embargo la corona no pensaba igual y todos terminaban presos. Siempre era el mismo desenlace.

Mientras esperaba a su padre, Meredic se tomó el tiempo de cerrar los ojos, hincar la rodilla y tomar un poco de tierra para fregarla en su pecho. En ese momento, el señor de Simel salió a recibirlo.

—También agradezco a los héroes por el hijo que me concedieron—le dijo al verlo pedir las gracias. Daraldor era alto como Meredic, de rasgos más delicados que su hijo, pero con los mismos ojos celestes característicos en su familia. Su sonrisa era visible a metros de distancia y con su voz podía

cantar canciones de cuna—¡Eresel sabueso de la ciudad!

—Solo son hombres pobres de Campos Cosecha que buscaban un mejor futuro. No sabían del crimen que cometían.

—Pero tú los atrapaste y eso es lo que importa, hijo.

Mericno se sintió alagado.

—Mira esto—Meric le entregó el royo de los viajeros—. Los pergaminos con sellos falsos están haciendo recurrentes, ¿no deberíamos tomar otras medidas?

— ¿Deberíamos? No, los reyes del valle y sus concejeros son quienes toman medidas.

—Siendo de linaje real podríamos opinar, quizá si se lo mencionaras a tu hermano...

—Hijo—Daraldor lo tomó de los hombros y le dedicó una mirada compresiva. Paso su pulgar por la mancha de nacimiento que Meric poseía en el mentón y luego le sonrió con total tranquilidad—. Te lo dije muchas veces, “Los reyes, son el puño que escriben las leyes y nosotros el puño que las hace cumplir”. Sé que es frustrante para ti lidiar con esto día a día, pero también debemos ocuparnos de nuestras tierras.

Meric creía que se podía hacer más por el valle de lo que se estaba haciendo, sin embargo, volver a discutir de lo mismo con el cabeza hueca de su padre, era en vano. Daraldor siempre se cerraba en lo que su hermano, el rey, le decía y no dejaba que nadie cuestionara su palabra.

—Sabes que se acerca la segunda luna de invierno—le recordó su padre.

—Por desgracia—dijo Meric.

—Este año irán los prometidos de los príncipes y tal vez encontremos alguna niña Gring para ti, o quién sabe, alguna daradiana...

—Eso no me motiva para nada.

—No es motivación, es una obligación—le aclaró Daraldor— el rey siempre quiere que estemos presente.

Meric le dedicó una mueca. Sabía el por qué insistía con su presencia.

—Eh, hermano, no seas tan niña o ¿te gustan los hombres?—Se burló el

pequeño Liskan que acaba de escuchar la conversación.

—Ey, no hables así de tu hermano —sonrió Daraldor por el atrevimiento de su hijo—. Cuando crezcas tendrás que trabajar mucho para ser como él.

— ¡Seré más fuerte que él, ya lo verán!

—Lo que digas chiquillo.

Daraldor tomó a Liskan de la mano y se lo llevó dentro del castillo. Meredic permaneció un momento pensativo. Levantó la vista y vio a los hombres del carro. Algunos lloraban otros trataban de no hacerlo, pero las contorsiones del rostro lo decían todo. La pobreza del reino creció bastante en los últimos años y gran parte de la culpa la tenía su tío que aumentó el tributo a la corona a un precio que solo los más ricos podían costear. Meredic deseaba tanto ayudar al pueblo que trataba de no pensar mucho en eso, porque no poder hacerlo le quitaba el sueño.

Capítulo 3

Capítulo 2

Mientras peinaba a su hija, Berit recordaba su niñez, cuando ella y su hermanase preparaban para las celebraciones de la ciudad. A Jorgelyn siempre le gustó la trenza cruzada porque parecía una corona y se vestía con elegantes vestidos verdes que se ajustaban a su cintura. Los jóvenes se entorpecían cada vez que la veían pasar. Le encantaban los perfumes con aromas del bosque y nunca dejaba de sonreír, era lo que más extrañaba Berit, aquella sonrisa que siempre la hizo sentir tranquila y le borraba las preocupaciones.

Ella no gozaba de un cabello lacio y largo como el de Jorgelyn, tampoco lo tenía negro y fuerte como el de su hija. Ya no recordaba ponerse perfumes y hace mucho tiempo le dejaron de importar los hombres. Berit poseía el pelo rojizo como la mayoría de los primeros Gring, y una paciente comprensión por los problemas ajenos. Los Gring del bosque son buenos escuchando al otro.

La reina tiró por última vez un mechón cabello y lo giró sobre otro mechón de la frente, para luego enroscarlo en sí mismo, lo sostuvo con un broche de metal y le dejó caer el resto de la trenza por la parte trasera.

—Está muy tirante ¡Esto después me causa comezón!—Se quejó Zizi mirando a su madre con furia a través del espejo.

—Jorgelyn se quejaba de lo mismo y luego terminaba agradeciendo a las sirvientas —le replicó su madre.

— ¿Por qué no te lo haces tú, entonces?—Le recriminó su hija—Andas con todo ese pelo suelto. Pareces una vagabunda.

—Me gusta así, además, yo no tengo que encantar a nadie—Berit la repasó escrupulosamente— ¡Estas preciosa!

— ¿Crees que a los Dar le gustan las trenzas de las Gring?—Zizi observó el buen trabajo de su madre a través del espejo.

—Si no lo hacen al principio, les gustará luego cuando descubran su uso —Berit besó a su pequeña en la frente—. Eres mitad Resagar y mitad Artuan. Dos familias importantes del valle y no hay hombre que se resista a casarse con vos.

Zizi dibujó una sonrisa orgullosa.

Una vez finalizada la sesión, las criadas comenzaron a reordenar el cuarto de la princesa con cierto temor.

— ¡Odio ese color de sábanas!—Gritó Zizi cuando las mujeres tocaron su lecho—. Quiero que las cambien por las grises.

Las criadas asintieron sin verla a los ojos y quitaron las sábanas. Recogieron los vestidos del suelo, ordenaron los muebles y guardaron las prendas colgadas en cada protuberancia del cuarto que servía de perchero. A Zizi le gustaba probarse toda la ropa y mantener el desorden era crucial para darles trabajo a las sirvientas.

—Te dije que no trates así a las criadas—la reprendió Berit. Había crecido sin madre y valoraba el trabajo de las mujeres del castillo—. Termina de arreglarte y baja para la primera comida, y no te demores.

La reina se retiró caminando como la acostumbraron. Con la espalda erguida y la mirada en alto, poniendo un pie delante del otro. Berit ya no gozaba la misma belleza que en sus años de juventud, le salieron arrugas a temprana edad y las ojeras pintaron una sombra debajo de sus ojos. Incluso un mechón blanco creció a un costado de su cabeza y se quedó allí como advertencia de los años venideros. El que no lo conocía y la miraba a los ojos, se encontraba con una mujer cansada de vivir y rota por dentro. Estaba abatida por las desgracias, aun así, trataba de conservar su sonrisa y buen humor. Se comportaba de forma amable y cooperativa, pero vivir tanto tiempo en el reino de la montaña hizo que creara aspectos más tenaces. Su padre le dijo que el problema no se debía al lugar en donde vive, si no al hombre con quien vive. Berit lo negó mucho tiempo y mientras más recurría aquel pensamiento, más se convencía de su veracidad. Su marido no es amado por el pueblo. Ella misma no está segura de su amor por él, pero el juramento que rindió el día de su casamiento la ataba a una vida de respeto y subordinación.

Cuando llegó al gran salón estaba vacío y sus pasos generaban eco en los extremos alejados. La enorme habitación gozaba de las estatuas de los héroes de la montaña y varias pinturas de las proezas que forjaron los tres reinos. Siempre se detenía en "La batalla del puente de Rifusel". Amaba esa pintura. Fue el momento donde su familia se ganó un lugar entre los grandes héroes del valle.

Berit tomó asiento a la izquierda de la mesa. Sus criadas le ayudaron a acomodar el vestido y le acercaron variedad de jugos, leche de vaca, pan tostado, mantequilla, frutas, hierbas de té. Berit solo pidió pan tostado con queso de cabra y se preparó té de hierbas.

—Con esto es suficiente. Gracias.

—Como guste, majestad.

Las criadas volvieron a sus lugares a esperar a los demás integrantes de la familia real.

— ¿Otra vez desayunando en soledad, majestad?—Un hombre maduro apareció entre las sombras. Se le veía una ligera pelada y poseía una barba cuidadosamente mantenida.

—Vicnor, ¿otra vez madrugando?

—Cada amanecer podría ser el último de nuestras vidas—respondió Vicnor sonriente—. Hay que aprovechar lo que resta de nuestros días.

—Y más cuando se trata del primer día del año.

—Y más cuando se trata del primer día del año...— repitió el consejero asintiendo de manera monótona—. Los principios de cada año es una buena ocasión para pedir días mejores. ¿Puedo saber que pedirá la reina de la montaña?

—Por mis hijos primero, luego por lo que cada regente debe pedir, paz. Usted, lord, ¿que debe pedir un concejero?

—Año tras año siempre pido lo mismo, pero los héroes hacen oídos sordos conmigo.

—No habrás sido bueno con ellos—rio Berit—.Quizá deba pedirle a la dama del agua, a los Dar les va muy bien rogándole.

—A los Gring tampoco le va mal con el Gran Árbol.

Berit disfrutaba las conversaciones con el concejero. Vicnor siempre las adornaba de diversión. Era un hombre que a pesar de los largos inviernos vividos y batallas perdidas, tenía felicidad que compartir. A veces era libre y divertido, otras veces era callado y sumido en sus pensamientos. Berit siempre quiso meterse en su cabeza para ver qué pensaba en aquellos momentos, pero Vicnor era bueno ocultándolos.

—Supe que su hijo está disconforme con su prometida—dijo el consejero—, y lo entiendo. Un joven guapo como el príncipe, se merece algo más de lo que Calos eligió para él.

—Es un buen partido— opinó Berit mintiéndose a sí misma—. Las alianzas entre el reino del bosque y la montaña crecieron mucho, rezagando las uniones con el reino de la costa, y culpa de eso la confianza se debilitó, y

la paz necesita de alianzas, concejero.

—Es bueno saber de alguien que se preocupa por la paz. En todos los concilios que estuve, cada rey pelea por sus propios intereses.

—Muchas vidas se sacrificaron para formar el del valle de los tres reyes. Sería una estupidez desvalorizar algo que costó tanto....Así pensamos los Gring, o por lo menos, así pensamos los que todavía mantenemos viva nuestras costumbres—Berit dibujó una débil sonrisa y bebió de su té—, ¿qué cree, usted?

—Debo tener cincuenta... tal vez cincuenta y tres inviernos, y en todos ellos aprendí para bien o para mal, pero siempre tuve en claro, que lo mejor es luchar por mantener viva la esperanza.

— ¿Por qué lucha usted, Vicnor?

Pero antes de que pudiera contestar apareció el rey del otro lado de la sala, vistiendo un elegante traje aterciopelado de color gris y negro, y su corona de oro macizo revestido de rubíes adornaba su cabeza. Lo acompañaban Gudrik y Hernold portando relucientes armaduras plateadas. Ambos guardias le quitaban una cabeza de altura al rey.

Calos se sentó sin saludar. Las criadas se apuraron a servirle carne de ciervo y vino, mientras los guardias tomaban posiciones en el umbral del salón.

—¿Dónde están Zizi y Lissacar?—Preguntó al tiempo que sus ojos grises buscaban los de su esposa.

Berit bebió pasivamente un sorbo de su te de hierbas.

—En camino—dijo sin mirarlo.

Un murmullo que se incrementaba llegaba al salón desde los pasillos. La voz de un joven se quejaba mientras una niña estallaba en carcajadas. Otra voz de mujer trataba de apaciguar la discusión. Berit supo de quien se trataba esa voz, e hizo una mueca de disgusto.

— ¿Otra vez tarde, Lissacar?—Se molestó Calos.

—Lo siento, padre—se disculpó el príncipe tomando asiento.

Zizi contuvo la risa y se sentó al lado de su padre.

—Mi rey—Vicnor desplegó pergaminos en la mesa—. Acá están los gastos registrados por el aniversario de la muerte de su padre. Detallado como lo

pidió.

El aniversario de muerte del rey Issacar era el evento principal del año, pero significaba más para Berit que para el reino mismo. Issacar fue el mejor rey que gobernó la montaña y su muerte cayó como un martillo sobre un yunque, duro y pesado que amoldó las vidas de todos a su alrededor. El día que lo traicionaron, no solo murió el mejor hombre que piso el mundo, también murió su otro hijo, Elandus y Jorgelyn.

Ese día Berit recuerda que sintió una mano agarrándole todos los intestinos para arrancárselos de un tirón. Nunca superó la muerte de su hermana. Mientras escuchaba a Eiladryn rezar la lista de invitados, Berit no pudo evitar recordarla. Tomó el anillo que llevaba en su dedo y comenzó a girarlo. Era un anillo especial para ella. Significaba la unión de su presente con sus recuerdos y un símbolo de lo que perdió. El anillo perteneció a su madre y a su hermana. Dos mujeres que amó y que perdió sin poder disfrutarlas como quiso.

Luego se distrajo con sus hijos que se insultaban por lo bajo y los calló con un gesto duro de su mano. Los príncipes permanecieron quietos hasta que el rey y sus concejeros dejaron el salón.

— ¿iQué sucede con ustedes dos!?!—Los increpó. El chico tenía la vista perdida en un cuadro de la pared.

—Lissacar está enojado por la prometida que le escogieron—se burló Zizi.

— ¡Dije que te callaras!—Le gritó Lissacar a su hermana—. ¿Para qué quieres saber, madre? Si sabes mi respuesta. No quiero casarme con la hija de Duardiam. Ni con ella, ni con nadie.

Zizi reía por lo bajo mientras Berit se frotaba la frente con los dedos.

—Hijo, tienes que entender que...

— ¡No quiero casarme con nadie!—reafirmó el muchacho.

— ¿Qué es lo que quieres para tu vida?—No iba a permitir que su hijo siguiera descarrilado—. ¿Quieres seguir siendo un borracho?, ¿quieres faltarle el respeto a tu apellido, ser la vergüenza de la familia, eso quieres?

—Quiero ser libre, madre. Tomar mis propias decisiones. ¿Por qué tuve que ser príncipe?—Se quejó mientras se dejaba caer en la silla.

—Dale gracias a tus héroes que lo eres —gruño Berit—. Sin tu título no serías nadie. ¿Crees que un joven del barrio de las moscas bebe como lo haces tú? No seas estúpido, Lissacar, piensa. Algún día serás rey y espero

que estés preparado para cuando llegue el momento.

Pero su hijo no quiso escucharla. Se levantó de la mesa y se fue sin despedirse. Berit sintió pena. Cuando le dijo que su futura esposa, era un buen partido, le estaba mintiendo, aun así, creía que su matrimonio consolidaría la paz del valle que se estaba deteriorando.

—Madre—habló Zizi.

— ¿Qué sucede?

—Tonya es gorda... ¡y tuerta!

— ¡Zizi!

La princesa tuvo que tragar el pan para no atragantarse de la risa. Con cada nuevo año que llegaba, su hija se parecía más a su padre.

—Mi reina, princesa —Irrumpió el mensajero del castillo y les dedicó una elegante reverencia—. Perdón por la interrupción, pero acaba de llegar un jinete de Rifusel

— ¿De Rifusel?

Era extraño que su padre enviara un jinete. Poseía una amplia red de comunicación: Jinetes; barcos; aves mensajeras; pudo haber enviado una lechuza que eran más rápida que los caballos.

—Enseguida voy—dijo intentando mostrarse calmada, pero por dentro la incertidumbre la atormentaba.

— ¿Le pasó algo al abuelo? —se asustó Zizi.

—Espero que no, hija—Berit la miró temerosa de pensar lo peor—. Termina el desayuno.

—Sí, madre.

Capítulo 4

Capítulo 3

Lissacar se pasó la mañana completa aborreciendo su matrimonio arreglado. “¿Cómo se les ocurre?”, se quejaba constantemente cuando pensaba en su prometida. A veces quería ser como su hermana, de lengua filosa y carácter inquebrantable, Zizi podía permanecer un día entero escuchando las lecciones del maestro sin aburrirse, su prometido era el hermano pequeño del rey de la costa, mientras que a él, le tocó la más fea de las hijas del señor de Querín. Era el futuro rey de la montaña y su prometida era una vergüenza para su reinado que todavía no comenzaba, y ya daba de que hablar. No estaba contento con las decisiones que tomaron para su vida, tampoco podía hacer mucho, solo podía ir a matar la angustia con sus amigos.

—Te preocupas mucho—lo tranquilizó, Rick. Era un muchacho de cabello rubio y ojos celestes que todavía portaba su armadura—. Sigues siendo el príncipe y puedes cogerte a la gorda y otras mujeres también. Todos los nobles lo hacen, incluso los soldados lo hacemos.

—No es lo mismo—se quejó Lissacar ahogando la frase con cerveza.

Se encontraban en el cuarto de armas del castillo. Un lugar que apestaba a orina y mierda y el frío se sentía como si estuvieran en el mismo pico de la montaña sin resguardo, pero era uno de los pocos lugares donde se sentía cómodo. No había mujeres, tampoco concejeros de corazones medidos por el alcohol como los encontrabas en la taberna Hacha y Espada, pero lo que nunca faltaba era la cerveza de contrabando.

—Es lo bueno ser príncipe—dijo Rick jugando con su cuchillo sobre la mesa—. Un hombre guapo como yo no tiene problemas en conseguir mujeres, pero si fuera como Geofroy, ¡Por lo héroes! Sí que estarías condenado. Las mujeres quieren hombres fuertes, rubios de ojos bellos como los míos. Odian los flacos y narices ganchudas.

—No se trata de ser guapo o feo, Rick—dijo Lissacar dejando caer la mitad de su cuerpo sobre la mesa—. Se trata de hacer lo que uno quiere. Tú tienes la posibilidad de irte, yo, sin embargo, debo quedarme aquí a cumplir mi deber.

—Pero tienes oro, algo que no muchos tienen en estos tiempos. Sin oro, amigo mío, es difícil vivir. Si no puedes salir a divertirte puedes hacer que la diversión venga a ti —se rio Rick, su pelo se sacudió por el brusco movimiento de su carcajada.

Un viento gélido entro en el cuarto al momento que la puerta se abrió. Geofroy llegó junto a Kalissa, una de las pocas mujeres soldado del reino.

—Como estas, majestad—saludó Geofroy con su ridícula voz. Su labio leporino había sido remendado grotescamente por alguien que no era maestro en curaciones. Eso le provocaba hablar de forma grave y atravesada.

—Como veras, ahogándose en cerveza —contestó Rick por él.

— ¿Cómo estás tú, espiga de trigo?—Lissacar levantó la copa desganado.

—Mejor que usted, creo —respondió Geofroy.

— ¿Qué te sucede ahora, Li, otra vez tu padre?—Preguntó Kalissa. Tenía dos trenzas doradas que caían como serpientes por su espalda.

Los recién llegados tomaron asiento alrededor de la mesa redonda.

—Quejándose de su prometida—explicó Rick.

—Otra vez, principe, ¿no lo superaste?

—Si fuera tan fácil —se resignó Lissacar—. Dentro de unos días es el aniversario de muerte de mi abuelo y Tonya viene a conocerme. Me obligan a pasar tiempo con ella.

—Tráela con nosotros. Le presentamos a espiga de trigo—Se burló Rick palmeando la espalda a su amigo—. Harán una hermosa pareja de feos.

—Si tuviera que elegir entre ustedes dos, me quedé con Geofroy—Lo defendió Kalissa—. Geofroy es amable y buen chico. Tú eres un imbecil.

—Kalissa—dijo Lissacar como si no tuviera lengua. Alzó la vista con dificultad y trató de ubicar los ojos de la mujer—. Eres hermosa y yo un príncipe... ¿Por qué nunca nos acostamos? Se considera un honor hacerlo conmigo.

— ¡Por los héroes! Debió serlo antes de que te acostaras con todas las mujeres de Aladuin. Ahora es un honor no haberse acostado contigo.

— ¿Y conmigo?—Quiso saber Rick esperanzado.

— ¡Por favor! No quiero jugar este juego otra vez. Por suerte ya me voy y no tengo que quedarme a escuchar esto.

La mujer se levantó y comenzó a ponerse su armadura.

—Tú te lo pierdes— dijo Rick entre risas— ¿Le dijiste a tu padre que no quieres casarte con Tonya?

Lissacar meneó la cabeza.

—Mi madre insiste en que despose a esa mujer—dijo con su mirada puesta en la mesa.

—Con el tiempo aprenderás a amarla. El tiempo es la clave—dijo Geofroy.

— ¡Ves! Por eso elijo a Geofroy—Agregó Kalissa poniéndose el peto— ¡Es un encantó!

— ¿iQué no se te hace tarde!?!—Rick guardó el cuchillo y se le levantó tras ella—. Lo siento, Lissacar, te jodieron para siempre.

Allí se quedó el príncipe, sentado solo en una mesa de madera que no costaba ni la cuarta parte de su jubón, planteándose que le depararía el futuro. Se acomodó el cabello rojizo hacia atrás y volvió a poner la misma mirada triste que su madre, aunque su tristeza se debía a cosas menos importantes.

Si no fuera por su título, sería fácil confundirlo con alguien más; era un Resagar sin ojos grises, pero no le importaba, no quería parecerse a su padre, no quería pasar el resto de sus días al servicio de personas que no conocía y lidiar con problemas ajenos que no le importaban. Él quería irse por el mundo, ir más allá de la tierra conocida y perderse en aquellas zonas que el mapa no tiene registro. Eran sueños que no cumpliría jamás.

Capítulo 5

Capítulo 4

El pasillo de los bustos conectaba las habitaciones con el resto del castillo. Allí reposaban inertes las esculturas de los trece reyes del reino de la montaña. Meredic conocía los nombres de cada uno de ellos. Estaba Elandus I, el imparable; Ardan, el inteligente; Merinor y Merianor los constructores; Gaelor el audaz; También estaba su abuelo, Issacar el sabio, entre otros. Todos tenían historias interesantes y grandes contribuciones que hicieron del reino uno de los más prolíficos de la tierra conocida. Durante dieciocho inviernos lo recorrió orgulloso. Sabía que esas personas eran sangre de su sangre, pero no podía disimular la envidia que lo supo invadir los primeros años cuando se deleitaba al observarlos.

Él quería que el pueblo lo amara y que lo recordara por largos siglos. Sin embargo, cada vez que se le insertaba esa idea loca en la cabeza se sumergía en tristeza. Sabía perfectamente que solo los reyes de la montaña posan allí y su rostro jamás se tallaría en ningún castillo del reino. Fueron incontables las noches de desvelo que soportó para conseguir la respuesta a sus frustraciones, y esa respuesta siempre estuvo frente a sus ojos en el mismo lugar.

Al final del corredor se encontraba el busto de una de las personas más reconocidas del valle. No existe individuo que no conozca su historia. En la pared del fondo, enaltecido por dos antorchas que jamás se consumían, reposaba Nipoldor, el primer rey de la montaña, forjador del valle y héroe absoluto de la tierra conocida. Cuando Meredic llegaba hasta su escultura, acariciaba la mejilla blanca del rostro tallado, deseando obtener de alguna forma lo que el dueño de la cara en su tiempo impartía. Valor, fuerza y compromiso...

—“El camino del héroe es peligroso y con trampas fáciles de caer, solo hay dos finales para este camino; éxito o fracaso. Ambos están teñidos de sacrificios y perdición.”

Le supo decir su padre en una ocasión. Aquella frase era más una advertencia que una motivación. Meredic simuló escucharlo, porque la verdad, nunca tomó en serio sus consejos. No quería escuchar a alguien que agachaba la cabeza con facilidad. Así era Daraldor, sumiso, callado y obediente y su familia era la vergüenza del reino, pero él pretendía dejar de serlo.

Al llegar al salón vio a su madre desayunar sola, hundida en la imperturbable tranquilidad del silencio. Cilaira le forzó una sonrisa sin prestarle atención. Tenía la mirada perdida en la habitación. Parecía escudriñar el lugar como si algo se ocultara detrás de las columnas, pero

no había nada que buscar.

—Madre—la saludó con un beso en la frente.

El salón de Simel era diferente al castillo de Aladuin. Mientras que el otro estaba decorado por grandes estatuas y lienzos de batallas, el salón que construyeron los Durdan, era majestuoso. Treinta y dos columnas delgadas y blancas se desplegaban en círculo. Eran largas y alcanzaban el techo donde sostenían la cúpula de bronce, que a su vez, dejaba entrar diferentes colores de luz por sus cristales. El suelo era de mármol y brillaba transparente como las aguas del mar. Cuando Daraldor recibió el castillo en aquel tiempo, decidió dejar la estructura tal cual era, solo se deshizo de los muebles con la insignia de la familia anterior y destruyó la mesa que se alzaba como un altar sobre el centro. La misma mesa donde Issacar, Elandus y Jorgelyn perdieron la vida.

— ¿En qué piensas?—Preguntó Meredic.

No necesitaba escuchar la respuesta, La conducta de su madre fue siempre la misma, solo que en los últimos años fue empeorando. Ahora podía pasar largos ratos mirando la nada sin hablar. Su actitud era errante y en sus momentos de lucidez lograba conversar con naturalidad. Estaba al borde de la locura. Los años y la gente no fueron buenos con ella. El valle la culpaba de un crimen que no cometió y ahora llevaba la mancha de la traición que le transfirió a su familia.

—Solo pienso—dijo Cilaira—, ¿tú estás bien? Siempre estás bien...

Meredic asintió.

— ¿Y mi padre?

—Con los niños, despertándolos. Hace lo mismo que hacia contigo cuando eras un pequeño. Se queda un rato jugando. ¿Lo recuerdas, recuerdas, recuerdas cuando tu padre te hacia jugar? ¡Claro que lo recuerdas!

—Sí, lo recuerdo—rio Meredic atesorando el pasado y preocupado por su madre a la vez.

—Tu padre, es un buen hombre. Siempre lo fue, también es un buen esposo, a pesar de todo... Me ama y yo a él.

—Se acerca la ceremonia de mi abuelo— dijo Meredic mirándola a sus ojos redondos y saltones—. Este año puedes quedarte. No hay necesidad que vayas.

— ¡De ninguna manera!—Estalló Cilaira con toda lucidez—.Seria una falta

de respeto para el rey y para tu padre, ¿cómo podría ausentarme?

—Creo que mi padre debe preocuparse más en su mujer que en su hermano —Meric la tomó de las manos como si se tratara de una rosa a punto de perder los pétalos—. No quiero verte sufrir otra vez.

Cilaira revoloteó los ojos en todas direcciones hasta que pudo domarlos y centrarlos en su hijo nuevamente.

—Meric...—el chico pudo sentir amor en aquella caricia—. Eres tan bueno. Estoy orgulloso de haberte traído al mundo. Tú y tus hermanos son el único logro que pude conceder. Algún día tus proezas taparan esta mancha que llevas en tu hermosa cara y serás recordado por los siglos de los siglos.

Meric sintió pena, pero guardaba la esperanza de que algún día su locura se fuera y entonces por fin vería a la mujer más feliz de la tierra conocida.

Más tarde se sumó Daraldor junto a Liskan y la pequeña Laille. Mericupó a su hermana y Liskan se lo agradeció ya que por fin pudo deshacerse de su hermana.

—Cada día parece pesar más—se quejó el pequeño—. Papá dice que tengo que empezar a cargarla y a sentir la responsabilidad de cuidarla cuando ellos no estén.

— ¿Tú qué piensas?—Sonrió Meric.

—Que yo no elegí ser padre—respondió Liskan. Daraldor lanzó una carcajada mientras engullía pan.

—Algún día lo serás y ese día, recordarás este momento —Le advirtió su padre.

—Para nada. Ya les pedí a los héroes que me den una vida llena de aventuras. Quiero ser como Meric. Un cazador y conocer nuevas tierras.

—Mi niño...—dejó escapar Cilaira mientras lo miraba sonriente.

—Estas muy verde aún. Todavía no te animas a pelear con espadas de verdad ni a salir de cacería—le recordó Meric.

—Ser prudente te puede salvar la vida—Liskan infló el pecho—, además, iremos a Aladuin y eso cuenta cómo salir de la ciudad, solo faltan las

espadas.

Luego del desayuno Meredic recordó la conversación que se debió con su padre. Cuando terminaron de comer y las criadas se llevaron a Cilaira y a Lairelle al baño matutino, lo encaró.

—Liskan, ve por dos copas de cerveza y una fuente de uvas—le ordenó Meredic—, papa y yo tenemos mucho de qué hablar.

— Charla de padre a hijo ¿eh?... —Daraldor se vio sorprendido—. Espero que no sea por otra obra de ingeniería. El acueducto rebasó el presupuesto.

—Yo también estoy sorprendido por eso y buscaré el error —reparó.

—Por Simel, esperemos que sea así—dijo Daraldor tomándose con gracia.

Liskan le cedió una copa de cerveza a cada uno y le acercó la bandeja de uvas. Luego tomó asiento al lado de su hermano, sin antes agarrar un racimo de la bandeja.

— ¿Qué sucede, hijo? —preguntó Daraldor bebiendo de su copa—, se franco.

—Es mamá—respondió Meredic—. Cada año que pasa parece empeorar, y llevarla a la capital no ayuda demasiado. El maestro nos aconsejó alejarla de sus preocupaciones y Aladuin tiene todo aquello que la perturba.

Daraldor bebió de su copa otra vez y meditó.

—Entiendo tu preocupación—dijo—, pero por órdenes del rey, debe ir. Todos debemos ir. El aniversario de muerte de mi padre debe ser respetado.

—Mamá no se encuentra bien y ya estoy cansado de verla sufrir —insistió Meredic.

—Comprendo, hijo, pero la falta de cordura de tu mamá no se debe a las burlas e insultos de los otros. Ya aprendió a lidiar con ellos. Yo la entiendo más de lo que crees. Juntos superamos mucha mierda y aprendimos a la fuerza... Aprendimos a amarnos y a ser familia. Te recuerdo que no solo ella recibe los insultos, también los recibo yo y de seguro tú también, y ninguno de los dos se está volviendo loco.

Liskan se había encogido en la silla sin dejar de comer uvas y miraba un

rato a uno y luego al otro sin entender demasiado la charla.

— ¿Cuándo van a decirme que pasó?—Quiso saber el pequeño—, ¿no creen que ya sea grande?

—Tú solo cállate y escucha—le ordenóMeredit—. Padre, no seas necio, no puedes negar que cada día que pasa, mama empeora.

Daraldor no respondió, miró sus botas de cuero y cuando volvió a subir la vista se encontró con la mirada de un niño asustado que se preguntaba "Que carajo sucedía con su madre."

—Mamá está bien, Liskan, no hay de qué preocuparse. Los héroes la resguardan bajo su capa —el señor de Simel se puso de pie y titubeó antes de retirarse—.Meredit, por más que quiera dejarla en la ciudad, no puedo. Las órdenes de mi hermano fueron claras, ¿por qué te niegas a aceptarla la palabra del rey?

Daraldor no esperó respuesta y se marchó. Meredit permaneció mudo con el puño apretado y el rostro fruncido. Liskan dejó la bandeja de uvas y le estrechó la mano.

—No te preocupes, hermano. Voy hacer que mamá se componga iya lo veras!

Meredit le sacudió el pelo y Liskan le sonrió entusiasmado. Le hizo recordar su infancia cuando era inocente y jugaba sin preocuparse de lo que sucedía alrededor, "El tiempo le enseñara, que no todo se puede arreglar",pero se guardó las palabras. No quiso robarle la ilusión en su niñez.

—Sé que lo harás, hermanito—lo complació.

Capítulo 6

Capítulo 5

Después de la primera comida, Berit fue hasta la torre de las jaulas, la única torre del castillo. Allí tenía montado su pequeño santuario, ocupado con las especies de aves que su padre le fue regalando con los años. Tenía en su mayoría búhos y lechuzas que eran las de su agrado, pero también contaba con diferentes tipos de águilas, cuervos y alguna que otra especie exótica traída de lugares alejados. Le gustaba conservarlas un buen tiempo para admirarlas, y cuando creía que ya tuvieron suficiente encierro, las dejaba en libertad. Verlas levantar vuelo, huyendo a destinos desconocidos, era un acto que amaba contemplar.

Las lechuzas de su padre, eran las más fuertes y voraces y por eso las mantenía alejadas de las otras, sin embargo, ninguna de estas poseía un mensaje con el sello de Rifusel. Eso confirmaba sus sospechas y a la vez la alteraba.

Cuando el sol se elevó en lo alto y el frío mermó solo un poco, mandó a llamar al jinete y la impaciencia le hizo creer que el tiempo se detenía, tuvo la impresión de estar afuera por horas y tan solo habían sido minutos. Las manos le temblaban y no podía dejar de morderse el labio. Su padre no era un hombre paranoico como para pensar que un jinete era más seguro que una lechuza. Quizá temió que el ave se extraviara con los primeros vientos invernales. Era prudente pensar que podría suceder, sin embargo, Lord Artuan no actuaba de esa manera. Cuando tenía que comunicarse con su hija, le enviaba veinte mensajes hasta recibir una respuesta.

El jinete llegó y Berit volvió a serenarse.

—Me siento raro vistiendo estos colores en su presencia, mi reina—dijo el jinete avergonzado y miró las prendas grises que le ofrecieron—. Mi ropa estaba bastante mojada.

—Nadie está juzgando su honor, Graunwol—respondió Berit. Conocía al hombre. Era el jinete más veloz que tenía su padre—. Usted me conoce y sin embargo visto el gris.

—Y usted sabe cómo es su padre —rio el jinete—. Espero que no le cuente, mi reina.

—Confíe en mí—Berit lo tomó del brazo—. Acompañeme. Tenemos mucho de qué hablar y esperó que sean buenas noticias.

El jardín del castillo era pequeño. Los antiguos arquitectos tuvieron que celar el espació. No fue fácil diseñar una ciudad en la cima de una montaña, mucho menos un castillo con todo lo que requiere. Si bien a simple vista se ve de tamaño normal, gran parte de la fortaleza yace en el interior de la montaña misma, dejando por fuera las primeras defensas.

El recorrido comenzó por un sendero que se enroscaba en sí mismo hasta llegar al centro, donde una pérgola se alzaba de forma sublime. Las ramas de una enredadera se retorcían alrededor de las columnas descoloridas, dejando entrever un aspecto tétrico y desolado, pero en días primaverales se puede apreciar una intensa variedad de flores y plantas de diversos colores, sin embargo, con el otoño alejándose y el invierno dando sus primeros pasos, solo había flores marchitas, ramas desnudas castigadas por el frío. No era un bello lugar para recorrer, pero sí un buen sitio para conversar en privado.

— ¿A qué se debe su visita inesperada?—Preguntó temiendo la respuesta. El jardín estaba desierto y sus pasos retumban en los muros.

—Lo que tengo que decirle no es nada alentador. Su padre quiso que el mensaje se lo diera alguien que usted conoce, por eso me envió, para evitar preocupaciones innecesarias.

— ¿Que sucedió?— Berit se puso pálida. Si no estuviera tomada del brazo del jinete caería de rodillas al piso.

—Su padre me ordenó tranquilizarla si la veía nerviosa, y eso haré. Por favor respire lentamente.

Graunwol la guió por la curva pronunciada del camino, donde árboles pequeños fueron colocados uno al lado de otro como columnas malogradas. Berit fue recuperando el color en su cara poco a poco. Respirar y caminar a la vez le ayudó a calmarse. Mil situaciones desgraciadas se le pasaron por la mente, pero no quiso sacar conclusiones de ninguna de ellas.

— ¿Se siente mejor, mi reina?

Berit asintió.

—Creo que ahora puedo soportar la respuesta—dijo.

Antes de darle el mensaje, Graunwol la escudriñó para asegurarse de que podía recibir la noticia. La condujo a uno de los bancos del jardín y la sentó.

—La salud de su padre ha empeorado—le dijo. Su rostro permaneció tieso

y se preparó para evitar que Berit haga locuras.

La reina permaneció absorta. La imagen de su madre y su hermana se hicieron presentes en ese momento de vacío y desconcierto. Su mente no lograba hilar pensamientos cuerdos. Solo sentía a su padre alejarse de su vida para dejarla sola en el mundo.

—No morirá —dijo Graunwol al notarla distante—, pero esta delicado y quiere verla por si no tiene otra ocasión para despedirse.

—Es fuerte... —soltó Berit y una lágrima se desprendió de sus pestañas—. Le informaré al rey sobre esto y partiremos lo antes posible.

—El carruaje de Rifusel no tardará en llegar, mi señora.

—Partiremos apenas llegue el carruaje entonces. Ahora quiero estar sola, si me permite...

Berit volvió a ponerse de pie sin esperar el consentimiento del jinete.

— ¿Está segura de que se encuentra bien?

—Estoy bien... solo... solo quiero caminar.

—La acompaño.No puedo dejarla... —quiso decir el jinete, pero Berit lo cortó tajante.

—Es una orden — aseveró.

Graunwol dudó un instante y se retiró sin discutir.

Berit caminó hasta el final del camino y se detuvo en la pérgola donde estaban los árboles que plantó en otoños anteriores, y observó el sitio donde plantaría el siguiente. Era costumbre de su pueblo sembrar un árbol al comienzo de cada invierno. Una ofrenda para pedir por la salud de los seres queridos "Raíz por raíz" rezaban los antiguos Gring. Ese año su regalo para el Gran Árbol sería para su padre, para alargarle los años que lentamente se iban consumiendo.

Permaneció allí callada, distante, de pie y en silencio. Rindió canciones al viento y lanzó semillas al aire. El sol descendió detrás de las cordilleras del norte y el frío la hizo volver a pisar la tierra.

Capítulo 7

Capítulo 6

Los Durdan habían abastecido el castillo con pasadizos secretos que ahora eran usados como habitación de huéspedes. Calos se adentró en uno de esos corredores del subsuelo, solo las antorchas eran testigo de su presencia. Caminó sin levantar polvo hasta la habitación de Vicnor. Allí se detuvo y miró hacia ambos lados. Al no ver a nadie, hizo cinco pasos más y entró en la puerta contigua.

—Creí que no vendrías.

Eiladryn Victoriana estaba en sus aposentos aguardando su llegada. Era una mujer hermosa y sexy, estaba cubierta por una seda transparente que dejaba al descubierto sus siluetas. Sus rizos caían sobre uno de sus hombros y su cuerpo desprendía una fragancia exquisita que podía olerse en toda la habitación. La concejera se puso de pie y lo besó.

—Como negarme a venir—dijo el rey apretujándola sobre su cuerpo. Pasó la mano sobre uno de sus glúteos y lo apretó—. Extrañaba estos.

—Son para el rey siempre que los quiera—dijo disfrutando del dolor.

Victoriana dejó caer su vestido y lo recostó a su lado. Rápidamente lo despojó de sus prendas. Calos se rindió sin prestar resistencia; atrapado en besos y caricias, fue conducido por la mujer al maravilloso acto de placer. Calos recorrió otra vez las curvas de su concejera, mientras Victoriana hacía lo mismo con él. Ambos se encendieron y luego se dejaron doblegar por la satisfacción, que los dejó tragando bocanadas de aire.

—Reconozco que lo disfruto mucho—confesó Calos después de un largo silencio de recuperar el aliento.

—Gracias—dijo ella, y lo besó en el mentón donde la barba blanca y negra le opuso resistencia.

—Tienes el mismo cuerpo que tu madre.

—No es un cumplido saber que te acostabas con ella.

—Tampoco era un secreto para ti—sonrió tomándola del rostro y clavándole los ojos grises—, ¿cuántos años tenías aquella noche que me viste por primera vez? ¿Ocho?

—Diez—lo corrigió y se sentó en la cama. Calos rápidamente se sentó detrás de ella y la sujeto de los muslos.

—En ese tiempo eras una chiquilla.

—Y tú un príncipe sin barba.

Calos lanzó una carcajada.

—Mírate ahora. Toda una mujer.

—Y tú un rey.

Calos le besó el cuello.

—Tu madre solo era buena en su trabajo, el sexo nunca fue lo suyo. Tú eres buena para las dos cosas.

—Pero lo que realmente te importa es el sexo—Victoriana se puso de pie y caminó hasta su cómoda—. ¿Qué hay de lo que me importa a mí?

—Tienes un puesto en el concejo, ¿qué más quieres?

— ¿Qué más puede pedir una mujer al rey?—La mujer encendió sahumeros. El humo rápidamente se esparció en la habitación—, ¿qué se le puede dar a una mujer aparte de joyas y sexo?

—Quieres ser reina—Calos vio venir la petición y no se sentía muy a gusto con aquella conversación—. ¿Eso quieres?

— ¿Por qué no? nunca sentiste nada por Berit, ya no la tocas, ni siquiera le hablas.

—Su padre es un hombre muy importante del reino del bosque y tiene que estar de nuestro lado. Déjala a ella con su título y que apañe a sus hijos como lo deseé, pero tú...—Calos la tomó de la mano y la arrastró hasta su cuerpo—, tú siempre serás mi reina por las noches...

Eiladryn le desvió la mirada ofendida.

—Estuve pensado lo que hablamos y tienes razón—dijo entonces.

A Calos le gustaba reconfortarla con migajas y enaltecerla para que se creyera importante. Le gustaba hacer eso con las personas. Les daba cuerda para ver lo que eran capaces de hacer y luego le cortaba la soga para que se desplomaran como simples títeres inertes.

— ¿Y qué conclusión sacaste? —quiso saber Calos.

La mujer se arrodilló a su espalda y comenzó a masajearle los hombros.

—Cuando todo esto termine te daré el castillo de Theron—dijo disfrutando del masaje—. Ese idiota cree que necesito su oro.¿Acaso no se dan cuenta que ellos necesitan de nosotros?Le damos las mejores armas y entrenamos a los mejores soldados.

— ¿Qué harás cuando ya no exista el concilio de los reyes?

—Cuando acabe con todo esto y el valle sea mío, comenzaré a conquistar el resto de las tierras.

—Esto tiene que ser un trabajo como el de las hormigas. De a poco y lentamente... entonces para cuando se den cuenta que sucede algo, ya habremos aprendido al insecto —aconsejó Eiladryn jugando con sus dedos en su cuerpo.

—A veces me preocupa tu inteligencia.

Calos se puso de pie y se dirigió a la pequeña estantería de vinos que yacía en un rincón.

—Agradece a los héroes que esté de tu lado entonces—le dijo Eiladryn.

—Cierto —dijo llenado una copa—, y ahora, ¿cuál sería tu siguiente paso?

—Dividir—respondió—. Enfrentar ambos reinos para que pierda uno y luego terminar con el otro.

—Que cruel eres, Victoriana.

Calos bebió un buen trago y disfrutó el picor que el vino le causaba en su boca, le paso la copa a Eiladryn y ella hizo lo mismo.

—Ahora debemos esperar—dijo Calos—, vamos a darles lo que quieren para que se sientan cómodos con eso y luego como tu dijiste "trabajo de hormiga"

—Pero hay otro problema—la chica bebió—. ¿Supiste del jinete de Rifusel que vino al castillo?

—Lo sé—Calos se puso serio—. El viejo es un hombre inteligente. Debemos tener cuidado.

— ¿Crees que el viejo Artuan sospecha de algo?

Calos se acarició la barba con el ceño fruncido y se sentó al lado de la mujer. Eiladryn se sentó sobre su regazó y le devolvió la copa.

—Siempre hay que sospechar del viejo.

Capítulo 8

Capítulo 7

Cruzaron los terrenos escarpados de las montañas blancas del norte, y luego se internaron en el corazón del reino Gring. El bosque estaba bendecido por una vegetación indomable, que por momentos parecían perderse en la oscuridad. Los árboles eran altos y frondosos y no dejaban pasar la luz del sol, solo los verdaderos nativos de la zona sabían caminarlo. El apodo "fantasmas de la oscuridad", lo tienen bien merecido. Hoy, el bosque sigue siendo peligroso, solo que ahora las rutas se encuentran marcadas y delimitadas para que ningún viajero pierda su rumbo. La caravana de la reina marchó largas horas por el camino que conduce a Gryndel y llegaron al claro que marcaba el desvío a Rifusel.

—Recuerdo pasar por aquí incontables veces—dijo Berit espiando por su ventana—. Mi padre nos contaba historias para que nos quedáramos tranquilas. Ahora están... diferentes...

— El rey Rigobert tuvo que tomar medidas—dijo Graunwol—. Los primeros Gring están actuando de forma extraña. Ya no tienen piedad por "los otros" ni por los suyos que tengan cosas ajenas al reino.

—Creí que a los primeros le gustaba permanecer en el bosque profundo.

—Y así sigue siendo, mi reina, pero al parecer están sucediendo cosas extrañas que los hacen salir de sus aldeas.

Berit sabía muy bien que para los Gring "los otros", eran aquellos que no llevaban rasgos de su pueblo. El cabello rojizo y el negro ondulado eran los predominantes, así como también la piel morena y ojos marrones. En el caso de los hombres las prominentes barbas y en las mujeres las trenzas en el cabello. Los Gring buscaban con énfasis diferenciarse de los demás, y a los Primeros Gring no le gustaba que otras razas merodeen las zonas prohibidas del bosque.

En determinado lugar, la vegetación cesó abruptamente y en el horizonte comenzaba a verse la gran torre de Rifusel. Era un castillo de paredes similares a la corteza de un árbol, pero de un color más claro. Sus torres eran altas, pero no superaban las copas de los árboles. Detrás de sus muros estaba el famoso puente que Nipoldor derribó hace más de quinientos años. Cuando volvieron a construirlo, lo hicieron más sólido y resistente, y la guardia que protege el paso, es la mejor preparada. El puente ahora goza de un mecanismo único que desplaza la plataforma hacia un costado en caso de invasión, y si eso no fuera suficiente, miles de ballestas escondidas en el gran torreón apuntan sus flechas de acero al

lado oeste del río.

Al ver los estandartes de la montaña coronada y el árbol sobre el bosque, los soldados del castillo abrieron las puertas. En ese momento Berit se sentía peor que antes. Al salir de Aladuin la preocupación la atormentaba. Tenía pensamientos malos sobre la salud de su padre y a la vez se tranquilizaba siendo optimista, pero ahora que estaba en Rifusel, tenía miedo de lo que podía encontrarse. Lo que viera sería la verdad.

Y la verdad fue una grata sorpresa. Al bajar del carruaje vio a su padre cojear a su encuentro. Artuan sonreía, no parecía padecer ningún mal.

— ¡Hija mía!—Exclamó el señor. Su felicidad era notoria.

Gadeon Artuan era robusto, de tez bronceada y una densa barba blanca cubre su rostro. Sus cejas parecen párpados caídos que ocultan sus ojos, y cuando abrazó a su hija parecía un gigante apresando una princesa.

— ¡Padre, temí lo peor!—Las lágrimas corrían por sus mejillas como el río sombra detrás del castillo.

—Mi niña... ¿Cuántas lunas pasaron desde la última vez que nos encontramos?

—Dejé de contarlas hace mucho, padre.

El señor Artuan le dedicó una dulce sonrisa. Sus ojos se pusieron brillantes por las lágrimas que no quería soltar.

—Me dijeron que estabas mal, que trajinabas los últimos días de tu vida... yo pensé... pensé...

—Cálmate hija, cálmate—Gadeon la tomó del rostro y la miró fijamente—. Estoy bien, te pido perdón por mentirte tan descaradamente, pero la mentira era necesaria.

— ¿La mentira?—Berit no podía creer que su padre jugará así con sus sentimientos—. ¿De qué estás hablando?

—Lo importante es que tú has llegado enseguida —evitó responderle—. Ya habrá tiempo para las explicaciones, y para pedirte perdón, te traje un regalo.

Artuan hizo un gesto a sus sirvientes y rápidamente trajeron una jaula del tamaño de una rueda de carreta.

— Para mi niña lo mejor. Un águila de las montañas. Ahora es parda pero

dentro de unos años su cabeza se vuelve blanca.

— ¡Es preciosa!—Berit tomó la jaula con gran entusiasmo. El águila chilló— ¡Gracias padre!Es como la del Cuento del Forajido.

—Les encantaban esos cuentos—rio Gadeon. Hizo un gesto con sus manos y los sirvientes tomaron otra vez la jaula—. Llévenla junto a su equipaje.

—Sí, lord.

—Apreció el regalo, padre, pero me tienes que decir que está pasando, ¿qué puede ser tan importante como mentirme con tu vida, acaso la soledad te está alterando?

El viejo desdibujó la alegría en un instante.

—Vayamos a visitar a tu madre y a tu hermana.

El cementerio estaba en las inmediaciones del castillo. Poseía árboles pequeños desplegados a lo largo y ancho del terreno. Los encargados del camposanto los podaban día tras día y mantenían las raíces cortas para conservarles el tamaño. Cada uno de ellos creció gracias al cadáver del difunto que servía como alimento para el árbol, "El fruto cae y semilla muere", rezaban los dichos Gring.

El señor de Rifusel y la reina de la montaña caminaron por un sendero de piedras blancas hasta internarse debajo de un gran techo de enredaderas con flores rojas. Berit se templó de tristeza, su padre, hombre duro y orgulloso, no pudo disimular la suya.

—Lo que más me disgusta—dijo Gadeon arrancando con delicadeza una hoja pequeña y circular de la planta que llevaba el nombre de su mujer— Es que no pudiste disfrutarla el tiempo que merecías ¡Oh mi dulce Selena...! Como te extraño.

Artuan dejó que la corriente invernal arrastrara la hoja y fue hacia el árbol contiguo que tenía el nombre de su hija.

— Mi pequeña... mi pequeña Jorgelyn...puedo sentirme tranquilo al saber que te dimos justicia.

Berit no tenía palabras para brindarles, pero si muchos pensamientos que se agolpaban dentro suyos dañaban su tranquilidad. A su madre podría decirle que la amaba mucho, a pesar del poco tiempo que estuvieron juntas, Berit recordaba su sonrisa por las mañanas y su cabello largo y trenzado cuando la corría por detrás. Tenía una imagen difusa de ella, solo se acordaba de la vez que jugaron juntas en los jardines de Rifusel, pero aquel recuerdo pronto se apagaba y desaparecía. Se esforzaba para que la

imagen sea perdurara, pero pronto se desvanecía. A Jorgelyn la extrañaba. Cuando su madre murió, su hermana llenó ese espacio vacío y se convirtió en su sostén, en su amiga y su mentora. A pesar de la corta diferencia de edad que se llevaban, ambas crecieron de la mano, con las mismas ideas y las mismas enseñanzas impuestas por su padre. Soñaban con ser esposas de grandes hombres del valle y tener familias numerosas para enorgullecerse de sus pequeños y ahora, Berit prefería cambiar esos sueños de niñas por un día más con ellas.

—Daría el tiempo que resta de mi vida para verlas otra vez—dijo añorando el pasado.

— ¡No seas necia! aún eres joven y fértil, aún puedes darme nietos que lleven parte de mi sangre—le dijo su padre enojado—. Yo soy viejo y débil, lo único que me mantiene vivo eres tú. Si alguien debe dar años de vida para volver a verlas, entregaría los míos.

Berit observó las hojas como si buscará respuestas en ellas. Saboreó la idea de volver a verlas, pero no quiso hundir más sus penas. Era frágil y recordar a su hermana mantenía abierta su herida incurable.

— ¿Para qué me has llamado?—Preguntó sin rodeos. Dejaron de rendirles memoria y tomaron asiento— ¿De qué se trata esta mentira?

— ¿Tu estas bien hija mía, mis nietos están bien?—Gadeon la tomó de las manos y se puso serio.

Muchas veces le reprochó a su padre el haberla tirado a los brazos de un hombre que no amaba, pero como buena hija aceptó los términos de su matrimonio y ahora sufría por eso.

—Lissacar, molesto por la prometida que le consiguió su padre. Trato de que entre en razón, pero parece odiarme cada vez que se lo menciono—Berit dejó escapar un leve suspiro—. De Zizi no tienes de que preocuparte, ella está feliz. En tiempos venideros será reina de las costas, y al parecer prefiere la compañía de la mujer perfumada antes que lamía —Concluyó haciendo una mueca de repudió en su última frase.

— ¿Y tú con Calos?

—Las mismas noticias que los últimos veinte años, padre... para que decirlo una vez más.

—Hoy me arrepiento, hija, pero en aquel entonces me pareció lo correcto casarte con el hombre que trajo justicia a nuestra familia. Creí que la unión con un rey traería buenas raíces. Los niños son adorables y gentiles,

pero Calos no es como su hermano... Elandus si amaba a tu hermana.

—El amor me puede llegar de otras maneras padre, pero aún sigo sin entender lo que sucede. ¿Me llamas para preguntar cómo está la relación con mi esposo?

—Sé que tus votos te atan a estar con él, sé que no lo amas y no puedes romper una unión pactada bajo las leyes del valle, pero las leyes tampoco permiten movimientos militares en tierras vecinas.

— ¿Qué quieres decir?—Había escuchado bien y sorprendida a la vez.

—Creo que Calos está tramando algo muy grande.

—¡No creo lo que me dices!—Exclamó— ¿Una guerra?

—Sería catastrófico, pero no puedo aventurarme a confirmarlo. Espero estar equivocado.

Berit se quedóperpleja. Le era difícil de aceptar. Desde que el valle se formó y los tres reyes firmaron paz y cooperación entre reinos, no se tienen registros de movimientos de tropas en terrenos vecinos.

—No quiero creerlo. ¿De verdad piensasque Calos pueda hacer algo así? Quiero decir...

—Tuve que mentirte sobre mi salud para que tus lágrimas y actitudes fueran creíbles, puedes darte una idea de lo que pienso de Calos.

—No lo creo... no puede ser cierto...

—Mira —a pesar de que se encontraban solos, Gadeon se inclinó sobre su hija—,mis soldados vieron grupos de hombres moverse por el bosque. Al principio le parecieron simples viajeros, porque iban en grupos pequeños y desarmados.Nada serio, pero con el correr de los días, la cantidad de viajeros fue en aumento y en la ciudad de Torín, detuvieron a un comerciante que llevaba armas escondidas en un carro con doble fondo. Los Primeros están alterados porque hombres de otras razas están invadiendo sus zonas y no discriminan en matar.

—Graunwol me puso al corriente de eso —Berit parecía tomar conciencia de la dimensión que el acto bélico abarcaba—. ¿Hablaste con Rigobert de este asunto?

—No puedo hacerlo—el viejo meneó la cabeza negando rotundamente esa idea—. Antes debo estar seguro, por eso te necesito.

— ¿Y si son los Nakas otra vez? Quizá se prepararan para una invasión.

—Nadie de la tierra conocida es tan valiente para enfrentarnos. A demás los Nakas son hombres delgados y altos, estas son personas comunes, como las que puedes ver en el reino de la montaña, ni daradiano, ni Gring, son de la montaña, estoy seguro, hija.

—Tal vez sean Los Jinetes Ignorados o Los Rebeldes de Simel ¡Sí! deben ser ellos.

—Hija... Los Jinetes Ignorados son un grupo pequeño y cada vez son menos. Y Los Rebeldes de Simel ¡Por favor! Jamás volverán a sublevarse.

Berit comenzó a digerir la idea que le planteaba su padre.

— ¿Por qué Calos?— preguntó—, ¿por qué estás seguro de que es él?

—Calos es un hombre sumamente orgulloso. Siempre se sintió el rey más importante del valle. Sus maestros del metal son los mejores y poseen reservas Osorio. Tiene buenos guerreros y su castillo es impenetrable. Cada vez que veo los ojos de ese hombre, veo una persona hambrienta de poder.

Berit no estaba tan loca. No podía negar que ella también veía lo mismo. Calos era una persona indescifrable, escondía muy bien sus emociones, pero siempre que miró los ojos grises de su esposo sintió terror.

—No sé qué decirte...solo espero que te estés equivocado.

—Eres la única en quien puedo confiar—Gadeon le acarició el pelo y le sonrió pacíficamente—. No quiero que te preocupes demasiado, tal vez es como tú dices y me estoy equivocando. Solo quítame esa duda. Ve a casa dile que me estoy recuperando y actúa normal. Observa sin que te vean, pregunta sin que te escuchen y oye en silencio. Remueve un poco los papeles sin llamar la atención...

—Lo haré padre—dijo Berit—Lo haré por ti y espero que te equivoques.

—Por el bien de la paz del valle, yo también espero que sí —le dijo su padre acariciando su cabello—. Deja a los chicos lejos de esto, no quiero que tengan una idea equivocada de su papá. Dale más responsabilidades para mantenerlos distraídos.

—Está bien—dijo Berit, le pareció buena idea.

—Una cosa más, hija —Gadeon se puso serio. Estaba a punto de romper una promesa que se hizo hace mucho tiempo—. Este año no puedo ir a la ceremonia. Dirás que me recupero, si... pero aún estoy muy enfermo

para viajar. Eso dirás.

—Muy bien.

Berit lo abrazó y antes de volver al castillo permanecieron otro rato junto a los árboles de su familia. Luego contaron historias en la segunda comida y recorrieron las tierras de su dominio. Visitaron el puente; el río sombra corría amenazante bajo sus pies, lanzaron anillas de plata al agua pidiendo por la paz, hasta que la noche cayó y la empujó a la cama. Cuando el sol volviera a salir el día de mañana, tendría que regresar a donde ahora pertenecía..